

Un barbero de otro tiempo

No pude reprimir una sonrisa cuando vi aquella vieja barbería que debía llevar muchos años funcionando en Torralba de Calatrava, un pequeño pueblo manchego situado a pocos kilómetros de Ciudad Real. En un cartel de madera pintado a mano y fijado a una barra de hierro sobre la puerta, que me recordaba a los que se veían en las viejas películas del oeste, estaba escrito: El barbero de Wisconsin. El local se hallaba en una pequeña plaza formada por el recodo de una calle asfaltada que en tiempos fue la antigua carretera general. Con la construcción de la ronda de circunvalación, esa calle se había convertido en la más larga del pueblo al atravesarlo de este a oeste, aunque no era la más comercial.

Junto a la barbería vi una tienda de fotografía en cuyo escaparate habían colocado un cartel de venta o alquiler del local por cese de negocio. Un poco más adelante había una farmacia, y enfrente estaba el bar Manolo junto a una pescadería. Todos estos locales tenían el aspecto típico de los establecimientos de la zona que habían evolucionado con el paso de los años, salvo la barbería, que parecía el recuerdo de un pasado en blanco y negro, como el que pretendían recrear algunas series de televisión.

¿Qué se le había perdido a una joven periodista en una barbería de un pueblo al que acudía por primera vez?

Iba con la esperanza de hacer un reportaje que se pudiera publicar en un pequeño periódico de Ciudad Real en el que estaba contratada durante unos meses como becaria. Se trataba de mi primer trabajo desde que me había licenciado en periodismo en la Universidad Complutense de Madrid, y tenía mucho interés en impresionar a mis jefes con mis cualidades como sagaz reportera.

En teoría, formaba parte de una generación de jóvenes licenciados que estábamos muy bien preparados y que no deberíamos tener problemas para incorporarnos al mercado laboral, pero la realidad era muy distinta, y parecíamos condenados a sufrir una larga penitencia a consecuencia de la grave crisis económica que por entonces estaba comenzando y que la realidad posterior ha convertido en mucho más grave de lo que auguraban políticos y economistas.

Después de las primeras propuestas que había hecho al redactor jefe y al subdirector, comprendí que no se valoraba lo novedoso, ni siquiera las miradas originales sobre temas tradicionales. A las dos semanas de estar en la redacción sabía perfectamente que primaba la agilidad a la hora de redactar las noticias conforme a línea ideológica seguida por el grupo editorial, que estaba muy cerca del partido que gobernaba la Junta de Comunidades de Castilla La Mancha.

La ilusión por ese primer trabajo pronto dio paso a una actitud de relativa conformidad al saber que tenía muy poco margen de acción. Entonces consideré que lo principal era que mi currículum fuera adquiriendo cierta entidad, porque con veinticinco años solo constaba que era licenciada en periodismo con unas notas decentes, pero no extraordinarias, y con un conocimiento notable del inglés y aceptable del francés. En el apartado de la experiencia laboral, solo podía añadir unas cuantas prácticas no remuneradas en una televisión local que prefería olvidar, pero que debía incluir en mi historial para que no se viera vacío.

Un fotógrafo de la redacción fue quien me habló por primera vez de Gregorio Arenas, Goyo, *El barbero de Wisconsin*. Mientras tomábamos una cerveza, tras retrasarse la rueda de prensa de un famoso actor que iba a representar *Muerte de un viajante* en la capital, me dijo que había estado haciendo un reportaje sobre el inicio de las obras del Patio de Comedias de Torralba, y cuando regresaba a la calle donde había aparcado el coche, se fijó en el cartel de la barbería y le hizo unas fotos. Mientras disparaba se acercó un hombre mayor y le dijo que lo más interesante no era el viejo cartel, sino el barbero que estaba dentro y que durante más

de cincuenta años había afeitado y cortado el pelo a la mayoría de los hombres del pueblo mientras se inventaba curiosas aventuras en mundos imaginarios que cada día contaba a sus clientes a través de relatos que duraban lo que un afeitado o un corte de pelo. Después le dijo que hacía algunos años que se había jubilado, pero todos los días seguía acudiendo a la barbería porque no sabía estar en otro sitio. A pesar de que ya fuera incapaz de afeitarse, y apenas si tenía pulso para cortar el pelo, algunos viejos clientes seguían acudiendo para que no se sintiera solo y para que continuara inventando historias. La enfermedad lo había debilitado, pero él necesitaba tener la bata puesta y las tijeras en la mano porque eran las herramientas que necesitaba para seguir vivo.

Reconozco que sentí curiosidad por lo que me contó, aunque por entonces mis anhelos como periodista iban en otra dirección, como si fuera posible que yo también pudiera descubrir un *Watergate* que atajara el camino para convertirme en estrella del periodismo.

Unos pocos días más tarde tuve que trasladarme a un pueblo muy cercano para cubrir la muerte de una mujer a manos de un marido alcoholizado que no podía soportar que su esposa lo hubiera dejado a causa de los malos tratos.

Cuando iba a subir al coche para regresar a la redacción, recordé las palabras de Alfredo y decidí que merecía la pena hacer una parada en Torralba para curiosear sobre lo que había detrás de ese barbero tan peculiar.

El viejo cartel estaba tan fuera de tiempo y de lugar que me pareció entrañable. Me acerqué al escaparate y me quedé mirando el interior del local que no debía tener más de quince metros cuadrados. Solo tenía un sillón de barbero tan antiguo como hermoso. El espejo no era muy grande y a ambos lados había dos pequeñas vitrinas donde estaban las herramientas propias del oficio junto a colonias, lociones, polvo de talco y gomina. Detrás del sillón y junto a la puerta de entrada había un par de sillas destinadas a los que esperaban su turno, un perchero y una pe-

queña mesa con algunas revistas antiguas para que los clientes se distrajeran mientras les llegaba su turno para sentarse en el sillón. En las paredes vi unos cuantos carteles de viejas películas que estaban descoloridos después de muchos años expuestos a la luz y al humo del tabaco.

En ese momento no había ningún cliente y Gregorio estaba sentado en el sillón leyendo el periódico para el que yo trabajaba. Podía observar su imagen en el espejo. Era un hombre que pasaba holgadamente de los setenta años. El poco pelo que le quedaba estaba completamente blanco y lo tenía muy bien repartido por toda la cabeza para disimular la calvicie. Pensé que un barbero completamente calvo no debía ofrecer muy buena imagen ante los clientes. Suponía que él se había dado cuenta de mi presencia antes de que yo hubiera reparado en la suya porque alguien que llevaba tantos años metido en esa pequeña barbería debería percatarse inmediatamente de cualquier novedad que hubiera en la calle. En ningún momento percibí que me mirara a través del espejo y parecía muy entretenido en la lectura del periódico.

Desde la distancia, ese hombre parecía uno más entre tantos ancianos que se sentaban en los bancos de los parques o en los salones de cualquier hogar del jubilado. Para una periodista impaciente nada indicaba que ese barbero pudiera ser el centro de una noticia, ni, mucho menos, convertirse en el protagonista de un extenso reportaje.

Dudé antes de entrar, pero como no quería darme el viaje en vano, abrí la puerta de la barbería al tiempo que sentía el intenso olor de las lociones de afeitado que me trasladaban hasta la casa de mi abuelo cuando era una niña, donde me llamaba la atención un frasco que contenía un líquido de color naranja del que no recordaba el nombre.

El hombre giró el sillón y se levantó con un movimiento pausado.

—¿En qué puedo servirla?

—No vengo a cortarme el pelo ni a afeitarme.

—Eso he pensado al verla porque su pelo luce muy bien, y su cara es tan hermosa que ninguna barba osaría crecer.

—Muchas gracias por el cumplido. En realidad vengo por usted.

—¿Por mí?

—Me llamo Laura Beltrán, soy periodista y alguien me ha hablado de lo que hace.

—¿De mi forma de cortar el pelo? —preguntó con una tenue sonrisa que no ocultaba su sorpresa, aunque hablaba con calma. Todo lo hacía sin precipitarse.

—En cierto modo. En concreto sobre la parafernalia con que rodea su trabajo. Me han dicho que crea historias muy interesantes mientras atiende a sus clientes.

—No tanto, le han exagerado mis méritos. En realidad, ese ha sido el único entretenimiento de un pobre hombre que nunca ha tenido el talento de los que escriben. Y ahora que la vejez me devora, ni siquiera soy capaz de mantener firme la navaja. Ya no me queda ninguna historia por inventar. Me temo que su visita llega demasiado tarde. Mi tiempo se acabó, a pesar de que mi cuerpo siga moviéndose con torpeza y venga todos los días hasta la barbería para esperar a que mi vida se consuma.

A medida que ese hombre intentaba quitarse importancia, mi interés por él se iba incrementando. Puede que estuviera muy mayor y que ya fuera incapaz de desarrollar su oficio, pero tenía la impresión de que ese barbero, que se había pasado la vida jugando con la fantasía, en sí mismo portaba una gran historia. Tenía curiosidad por conocerla, aunque dudaba de que le pudiera dar un uso periodístico.

—Me gustaría que me contara alguno de sus relatos.

—Con usted no podría.

—¿Por qué?

—Porque me sentiría cohibido. Mis historias siempre las he contado mientras trabajaba, y nunca he cortado el pelo a las mujeres, aunque en otro tiempo me hubiera gustado porque puede que hubiera dejado de tener miedo a relacionarme.

—¿Y quiere que sus historias se vayan con usted?

—No, desde luego que no. Me gustaría que algo mío quedara para demostrar que mi vida no ha estado vacía. No crea que no

me gustaría contárselas, y más cuando ha sido tan generosa al concederme una importancia que no tengo, pero le aseguro que no puedo, y después de setenta y cuatro años ya no soy capaz de cambiar.

Yo veía que ese hombre era sincero y que no pretendía ignorarme. Estaba obligada a encontrar una fórmula para que pudiera expresarse sin sentirse coaccionado, aunque no me sirviera para hacer un buen trabajo.

—¿Y si las escribe?

—Yo no soy capaz de escribir. Nunca lo he hecho. Necesito sujetar las tijeras o la navaja en las manos para que Wisconsin aparezca en mi mente. Y todos mis cuentecillos son efímeros, desaparecen cuando me quito la bata y cierro la barbería. Entonces vuelvo a estar en Torralba, en este pueblo donde solo ocurre algo interesante cada cinco años, y mi vida es la de un viejo que no tiene nada, ni siquiera un lugar al que acudir para aferrarse a la nostalgia de lo perdido en ese extraño viaje que es la vida.

—Si encuentro una manera para que pueda contarlas sin que yo esté delante, ¿estaría dispuesto a colaborar conmigo?

—Por supuesto, pero no creo que sea posible, aparte de que no me queda mucho tiempo.

—No me subestime. Puede que muy pronto vuelva con la solución. Soy muy terca.

Gregorio me miró fijamente mientras intentaba sonreír.

—¿Le ha picado alguna vez una abeja muerta?

—Supongo que no, pero no entiendo a qué se refiere.

—Yo tampoco, y le juro que he pasado media vida buscando sentido a esas palabras y esperando el momento de preguntárselo a una mujer.

—¿Por qué?

—Porque es una pregunta que hace Walter Brennan a Lauren Bacall en la película *Tener y no tener*. Usted me recuerda a ella.

—Gracias por la comparación, pero me temo que estoy a años luz de aquella mujer.

—Usted no está lejos de nadie. No se empeñe en ponerse límites. Eso es algo que ya intentarán hacer los demás, y se lo dice

alguien que no debería hablar de lo que no sabe porque me he puesto más barreras que nadie.

Con gusto me hubiera quedado más tiempo hablando con él, pero debía regresar a la redacción para continuar con mi trabajo, aunque sin olvidarme de Gregorio. Mi principal reto consistía en encontrar la manera de recuperar alguna de las historias que había creado el barbero de Wisconsin.

Mientras subía al coche vi que él me estaba mirando a través del escaparate. Pensé que ese hombre había visto pasar gran parte de su vida a través de ese cristal que en cierto modo parecía una pantalla de cine, como si su mundo y la realidad estuvieran en lugares diferentes.

Dediqué una hora a redactar la noticia del asesinato que aparecería tanto en la versión digital como en la impresa del periódico como uno más entre tantos crímenes causados por la violencia machista.

Mientras la redactaba, no dejaba de darle vueltas a lo que había hablado con Gregorio. Puede que sus historias no tuvieran valor en sí mismas y no merecieran un reportaje, pero había adquirido un compromiso con ese hombre y algo en mi interior me decía que no iba a tratarse de una pérdida de tiempo.

Cuando entregué el artículo al redactor jefe y me dio su aprobación, fui a hablar con Mario, el informático del periódico, que además era un fanático del cine clásico y contaba con una extensa videoteca. Yo tenía una idea aproximada de lo que quería hacer, pero no sabía cómo concretarla de una manera que no fuera muy costosa ni engorrosa para Goyo.

Le conté mi problema y lo que deseaba obtener, y Mario me dijo que si usaba un medio de grabar conjuntamente imagen y sonido de calidad sería bastante caro y farragoso, porque casi todos los días tendría que ir a descargar la información del disco duro al ocupar las imágenes demasiado espacio.

Entonces me propuso un método más chapucero pero fiable, aparte de que no necesitaba de excesivo mantenimiento. Para registrar el sonido bastaría con un pequeño grabador digital co-

nectado a un micrófono de solapa que Goyo debería encender cada vez que tuviera algo que contar. Para grabar las imágenes que sirvieran de referencia de lo que estaba haciendo Gregorio cuando hablaba, dijo que habría que conectar una webcam a un disco duro y programarlo del mismo modo que las cámaras de seguridad, que no hacían grabación continua, sino que tomaban una imagen fija cada cierto tiempo. De esa manera sería más económico y bastaría con descargar el disco duro una vez al mes. Al fin y al cabo era mucho más importante el sonido que la imagen.

Como mis conocimientos informáticos eran básicos, le pregunté si podría prepararme todo lo necesario para que yo solo tuviera que ir a la barbería y conectarlo. Me dijo que podría tenerlo listo durante la mañana siguiente si disponía de dinero para comprar los materiales. Fui al cajero y saqué los trescientos euros que me pidió. Mis ingresos como periodista no daban para grandes dispendios, pero por fortuna contaba con algunos ahorros porque mis padres se empeñaban en ingresarme dinero de vez en cuando para que no pasara apuros. Yo no pertenecía a una familia acaudalada. Mi padre tenía un negocio de distribución de bebidas y se había pasado toda la vida trabajando sin horarios para que a sus hijos no les faltara de nada.

Nunca he sido caprichosa y no me gustaba abusar del dinero que no había ganado con mis propios medios, pero había ocasiones en que debía hacer una excepción, sobre todo cuando se trataba de algo relacionado con el trabajo. En ese caso lo consideraba como una inversión que me podría ser útil para futuros reportajes.

También le pregunté a Mario si en su colección de películas estaba incluida *Tener y no tener*.

—Desde luego que la tengo. Es una de mis joyas. ¿No la has visto?

—No.

—Eso es imperdonable. Yo la habré visto seis o siete veces. La tengo grabada en el disco duro.

Mientras me copiaba la película en un CD, le pregunté por Walter Brennan.

–Uno de los más grandes. Ganó varios Óscar como actor secundario, y no tiene nada que envidiar a los mitos del cine, aunque nunca fue un galán. Su actuación en esa película me parece entrañable por la bondad que trasmite.

Aquella tarde había quedado a tomar unas cañas con Raquel y Teresa, mis mejores amigas del instituto, y a las que en los últimos años no había visto con la frecuencia que deseaba. Hasta los dieciocho siempre estábamos juntas y no hacíamos nada sin consultarlo con las otras, pero con la marcha a la universidad nuestra vida sufrió una profunda transformación. Raquel comenzó a estudiar Historia en Ciudad Real, pero lo dejó después de tres años para empezar a trabajar en una agencia inmobiliaria. Por entonces parecía una opción acertada porque cobraba un buen sueldo más cuantiosas comisiones por ventas y el futuro parecía espléndido, pero la crisis no le había pillado preparada y hacía dos meses que la empresa había dado en quiebra. Con veinticinco años estaba sin trabajo, sin haber terminado la carrera y metida en la hipoteca de un piso que por el momento podía pagar con lo que cobraba de paro y con el sueldo de su novio, pero no sabía cuánto tiempo podría mantenerse, y el temor a perderlo todo no dejaba de acosarla.

El caso de Teresa era diferente. Ella había terminado Derecho, pero no había encontrado trabajo y se pasaba el tiempo paseando su currículum por bufetes y todo tipo de empresas, aparte de que estaba preparando oposiciones, aunque fuera para puestos que exigieran de una cualificación inferior a la suya. Ella seguía viviendo con sus padres y a corto plazo no veía una salida, salvo que se casara con su novio, que era gerente de un supermercado, pero no le hacía ninguna ilusión vivir como ama de casa o tener que trabajar de cajera o reponiendo productos en las estanterías.

Vistos sus casos, yo no me podía quejar, aunque mi situación estuviera lejos de ser óptima porque mi trabajo era temporal y hacía tres meses que había roto la relación con mi pareja después de haber estado casi cuatro años juntos. Nos habíamos conocido

en la facultad y durante algún tiempo fuimos felices, pero el amor duró menos de lo que esperaba, aparte de que Álvaro se empeñaba en controlar todo lo que yo hacía, y lo que al principio me parecía una ayuda, acabó convirtiéndose en un castigo que soporté durante algún tiempo, hasta que una noche no pude aguantar más y le dije que se acabó. Durante los siguientes días no dejó de llamarme y de enviarme mensajes pidiéndome otra oportunidad, lo que estuvo a punto de provocar mi arrepentimiento, aunque no deseaba la reconciliación. Por fortuna, aquel trabajo temporal en mi tierra me había venido muy bien para alejarme definitivamente de Álvaro.

Dada la situación en que estábamos las tres, no teníamos muchos motivos para la celebración. Después de la alegría inicial por el reencuentro y al recordar algunos episodios del pasado, pronto nos quedamos sin temas de qué hablar porque todos nos conducían a un callejón sin salida en el que no deseábamos profundizar.

Aquella reunión terminó antes de lo previsto porque tanto Raquel como Teresa dijeron que habían quedado con sus parejas, y yo me excusé diciendo que tenía un artículo a medias que debería entregar por la mañana.

Al salir de la cafetería sabía que difícilmente volvería a reunirme con mis amigas, salvo que hubiera una boda, porque el tiempo no había jugado a favor de nuestra relación. Los hermosos recuerdos de la adolescencia no se podían trasladar a una época donde el pesimismo imperaba sin que apareciera el sentimiento de zozobra.

Nada estaba saliendo como habíamos planeado cuando pensábamos que nos íbamos a comer el mundo, y no supimos adaptarnos a un escenario de carencias que nadie había previsto, aunque a mí me había afectado menos que a ellas porque no me había hipotecado y todavía estaba haciendo lo que me gustaba. La idea de abandonar no se me había pasado por la cabeza porque confiaba en que la crisis no se prolongara.

Al llegar al apartamento me preparé una cena ligera y decidí sentarme frente a la televisión para ver una película a la que en

otras ocasiones no había prestado el menor interés porque no me atraía el cine antiguo, con excepción de algunas películas relacionadas con el periodismo que había visto mientras estudiaba la carrera.

Esa noche comprendí lo poco que sabía de cine. Pocas veces he disfrutado tanto con una película. Mientras la veía, pensaba en Goyo porque era evidente el parecido que guardaba con Walter Brennan, que interpreta a un entrañable marinero alcoholizado que está obsesionado con la picadura de las abejas muertas, lo que él considera una señal de mala suerte para el resto de la vida. Goyo era más bajo y rechoncho, pero en su gesto transmitía la misma bondad que mostraba Eddie cada vez que le pedía permiso a Bogart para tomarse una cerveza.

Yo no me parecía en nada a la joven Lauren Bacall, a pesar de las palabras que me había dicho Goyo. Mi espejo no era tan generoso como sus ojos. Cuando me metí en la cama seguía pensando en la película y en las picaduras de las abejas muertas. Tenía el presentimiento de que mi encuentro con Goyo no tendría relación con la mala suerte que presagiaban esas picaduras.

Al llegar a la redacción tuve que encargarme de escribir un par de noticias de ámbito local, que eran de mucho interés para el redactor jefe, aunque bastante tediosas para mí. Me pasé cerca de dos horas al teléfono y consultando internet para contrastarlas con distintas fuentes, y luego puse todo mi empeño en redactarlas de acuerdo a la línea editorial del periódico, y que consistía en complacer a las instituciones que contrataban la mayor parte de la publicidad que incluíamos.

Al final de la mañana, cuando ya iba a terminar mi jornada, fui a ver a Mario. Tal y como me había dicho, tenía preparado todo el equipo junto a las facturas del material que tuvo que comprar. Yo le dije que me cobrara por el trabajo que había realizado, pero él se negó. Me dijo que se conformaba con que algún día aceptara tomar una copa con él.

—De acuerdo pero pago yo.

—En ese caso no me importaría tomar muchas copas.

–No es bueno abusar del alcohol.

–Yo soy tan inofensivo como Walter Brennan en la película que te grabé.

–¿Te ha picado alguna vez una abeja muerta?

–Mi vida está llena de picotazos. Supongo que ya estoy vacunado contra el dolor, aunque a veces pienso que debo tener la mala suerte de todos aquellos que han sido víctimas de las abejas muertas.

–Después de ver la película, tengo mis dudas de que sea un presagio de mala suerte.

–Entonces debo ser un hombre tremendamente afortunado, y lo más grave es que no me he dado cuenta de ello.

Estaba contenta por mantener una buena relación con Mario. Con el resto de los redactores no era tan fácil porque había muchas suspicacias sobre lo que ocurría en la redacción, y la inestabilidad laboral en el sector periodístico fomentaba una brutal competencia entre los compañeros.

Con los aparatos que me había dado Mario fui a casa a comer y a echarme un rato en el sofá. Durante esos meses residía en el pequeño apartamento donde vivieron mis padres hasta que se pudieron comprar un chalet a la salida de la ciudad, en La Poblachuela. Normalmente lo tenían alquilado, pero llevaba algún tiempo vacío. Podría haberme quedado en la casa familiar, pero deseaba mantener cierta independencia, y no por el hecho de que tuviera algo que ocultar porque llevaba una vida bastante tranquila. Mientras estudiaba la carrera en Madrid me había acostumbrado a estar sola, a pesar de compartir el piso con otras compañeras, porque nunca quise vivir con Álvaro. Me sentía cómoda cuando estaba sola y nunca había sentido miedo de pasar la noche sin que hubiera nadie más en el piso, como le pasaba a alguna de mis amigas.

Me preparé una ensalada y me tumbé en el sofá. Suponía que Goyo abriría la barbería a las cinco, y quería llegar pronto para convencerlo de mi plan y para que aprendiera a manejar los artilugios que pensaba instalar en el caso de que no lo tomara como una vulneración de su intimidad.

A las cuatro y media subí al viejo coche que mi padre me había pasado cuando se compró uno nuevo. Goyo estaba abriendo la puerta cuando aparqué junto a la barbería. Era una tarde muy calurosa, de esas que obligan a la gente a encerrarse en sus casas hasta que se acerca el atardecer. Recuerdo que mi abuelo solía decir que en esos días de sol abrasador hasta las hormigas y los grillos se echan la siesta porque las calles queman, y no le faltaba razón.

Gregorio sonrió al verme llegar cargada con dos bolsas.

—Veo que es perseverante.

—No sé si es una cualidad o un defecto, pero me gusta llegar hasta el final cuando me propongo algo.

—Si yo no fuera tan terco, no llevaría toda la vida encerrado en esta barbería. Me moriré sin saber si hice bien o me equivoqué. En realidad sé que me equivoqué, pero es muy triste saberlo cuando ya es demasiado tarde para aprender a ser valiente.

—¿Por qué Wisconsin? —le pregunté después de dejar las bolsas sobre la mesita de las revistas.

—Me gustó el nombre. Me sonaba a whisky, a películas del oeste y a tipos duros. Un sitio que me hubiera gustado conocer.

—¿Sabe que se trata de un estado que está al norte de los Estados Unidos, junto a los grandes lagos?

—Qué importa dónde esté el Wisconsin de verdad. Yo nunca he viajado, y me tuve que inventar ese lugar para ubicar las historias que imaginaba. En el fondo no es tan diferente de este pueblo porque la fantasía tiende a llevarte a los lugares que ya conoces, aunque quieres que parezcan distintos y recurres a lo que has visto en las películas.

—¿Abrió usted la barbería?

—No, mi abuelo y mi padre fueron barberos antes que yo. El abuelo Modesto ni siquiera tuvo local. Él iba casa por casa con la navaja, el jabón, el peine y las tijeras. Fue mi padre el que se quedó con este local tres años antes de que empezara la guerra. Entonces era la barbería de Eusebio, o del *Tijericas*, que era el mote familiar.

–Vengo a hacerle una propuesta que espero que no rechace porque creo que es la única opción posible y me ha supuesto un considerable esfuerzo.

–No creo que nada de lo que hago o haya hecho merezca tanto esfuerzo, y no quiero causarle ningún perjuicio.

–Sigo pensando que sus historias deben ser escritas para conocer su verdadera dimensión, y como sé los problemas que tiene para contarlas fuera de su ámbito, he decidido hacerme con medios alternativos para registrarlas.

–¿Y es necesario todo eso que lleva en las bolsas?

–En realidad se trata de un sistema de grabación que por un lado registrará todo lo que hable, mientras una diminuta cámara grabará imágenes de lo que pase aquí dentro.

–¿Quiere hacer una película de mí?

–No, las imágenes serán una referencia para que pueda conocerlo algo mejor y para saber lo que está haciendo cada vez que hable. También le digo que solo se grabará lo que usted desee porque tendrá que manejar los aparatos.

–Yo no tengo ni idea de cómo se usan estos chismes.

–Es muy sencillo. Se lo explicaré mientras los conectamos.

Empecé fijando con una pinza la webcam a la esquina superior del espejo antes de conectarla al disco duro grabador que coloqué sobre una repisa donde había lociones y colonias. Con un pequeño mando a distancia lo podría manejar. Después le dije que el grabador de voz debería llevarlo en el bolsillo superior de la bata con el diminuto micrófono fijado a la solapa.

–Todo esto parece propio de las películas de espionaje.

–Es bastante más chapucero, pero espero que funcione.

Cuando le expliqué el funcionamiento de los aparatos, lo que Goyo apuntó en un cuaderno para que no se le olvidara, hicimos una prueba para ver si todo funcionaba correctamente. Como había llevado el ordenador portátil, en pocos minutos pudimos ver las imágenes grabadas mientras escuchábamos lo que habíamos hablado.

–Esto es la leche –dijo Goyo mientras veía cómo las imágenes captadas con un objetivo gran angular iban dando pequeños

saltos en la pantalla al tiempo que escuchaba una voz que le sonaba extraña pero que era la suya—. Lo que hubiera dado por tener unos juguetes como estos cuando era joven. Me lo hubiera pasado en grande haciendo películas. El progreso me llega demasiado tarde, cuando las ideas se olvidan y las fuerzas se pierden.

—Todavía está a tiempo de aprovechar las nuevas tecnologías para que sus historias se puedan conocer por aquellos que nunca han estado en su barbería.

—No sé lo que pasará con mis historias. Lo único cierto es que mi tiempo se está acabando. Me siento como si toda mi vida fuera la proyección de una vieja película del oeste. En ella, el bueno ya se ha cargado a los malos, incluso ya le ha dado el beso a la chica con la puesta de sol al fondo mientras la cámara se aleja. Solo falta que salga el *'The End'* y los títulos de crédito para que todo se acabe.

—No debe ser tan negativo.

—No lo soy. He elegido una película con final feliz y hasta me doy el tiempo de los títulos de crédito, cuando en la tele los cortan casi siempre. Sé muy bien cómo estoy y lo que me pasa. He llegado a la propina de la vida y no lo lamento porque vivir cansa, sobre todo cuando estás solo. Celebro todo lo que venga de más y hasta debo estarle agradecido por darme un aliciente para los últimos días. Con estos juguetitos evitará que me quede en la cama lamiéndome las heridas por todo lo que he perdido y por lo que ni siquiera intenté, que eso es lo peor.

—Yo sí que le agradezco que no me haya echado de su barbería.

—Cómo te voy a echar, chiquilla, si me estás ofreciendo lo que he soñado desde que pasé por primera vez al viejo cine Calatrava. Hasta me gustaría contártelo todo directamente, aunque sé que no podría. La vergüenza me vencería y me obligaría a guardar silencio.

—Si cambia de opinión, le puedo decir lo que Lauren Bacall a Bogart: 'Sólo tiene que silbar y vendré corriendo'.

—Nunca he sabido juntar los labios y soplar. Por eso las mujeres no se acercaron a mí, aunque supongo que no fue el único motivo.

—Entonces le daré mi número de teléfono, y me puede llamar para cualquier cosa que necesite, aunque no tenga nada que ver con el trabajo —dije mientras le apuntaba el número en el cuaderno donde había tomado nota de las instrucciones.

Cuando subí al coche, después de que tomáramos un refresco en el bar de enfrente, tenía cierta sensación de desasosiego. Solo había visto dos veces a Goyo y apenas si conocía unos cuantos detalles de su vida, pero temía que nuestro trabajo conjunto no se prolongara durante todo el tiempo que fuera necesario para contar una buena historia.

Durante las siguientes semanas cambió mi situación dentro del periódico porque mi jefe decidió que me encargara de cubrir la información sobre el Festival Internacional de Teatro Clásico de Almagro. Se trata de un importante evento cultural que se desarrolla durante el mes de julio y que congrega a numerosas compañías en torno a cinco escenarios principales y a otros eventuales que se ubican en diferentes rincones de ese pueblo manchego que debe su fama a contar con el único corral de comedias que se conserva tal y como aquellos del Siglo de Oro donde Lope de Vega y Calderón de la Barca estrenaron sus obras.

A pesar de la trascendencia del festival, y de que ocupaba entre dos y tres páginas diarias, ninguno de los periodistas que tenían más galones que yo deseaba responsabilizarse del tema porque se trataba de un trabajo muy sacrificado que obligaba a trasladarse varias veces a Almagro cada día para cubrir las ruedas de prensa y todos los eventos que se celebraban, y sin poder disfrutar de las animadas veladas que seguían a las representaciones porque había que escribir los artículos, aparte del temor a los controles de alcoholemia que eran muy frecuentes en la carretera durante las noches del festival.

La cultura siempre ha sido la gran denigrada de la prensa, y como becaria no podía elegir, a pesar de que mi conocimiento acerca del teatro clásico fuera prácticamente nulo, incluso inferior al cine, pero eso no le importaba al redactor jefe. El único consejo que me dio cuando me encargó el trabajo, fue que la

organización pareciera un éxito y que los espectáculos tuvieran buenas críticas para que los patrocinadores quedaran contentos y las instituciones supieran que el dinero público estaba bien invertido.

Para no hacer el ridículo con lo que escribiera, tuve que documentarme tirando de hemeroteca para ver lo que se había publicado en años anteriores. El trabajo se dividía en tres facetas. Por un lado estaba la asistencia a todas las ruedas de prensa, y había una media de tres por día. Por otra parte, tenía que hacer entrevistas a los directores y actores más conocidos, además de informar de la visita al festival de los políticos más importantes y recoger sus declaraciones. Por último, estaba la crítica de los espectáculos que se programaban, y que en cierto modo se podía solventar haciendo leves modificaciones a las notas de prensa que entregaban las propias compañías porque era imposible asistir a todos los espectáculos.

Yo me lo tomé con gran rigor porque quería hacer un buen trabajo, y durante la primera semana llevé un ritmo extenuante para llegar a todo. Apenas si dormía cuatro horas diarias. Recuerdo que un colega de una emisora de radio me dijo que el festival era como el Tour de Francia, cuyas fechas coinciden. La primera semana se va a todo trapo; durante la segunda algunos se escapan mientras la mayoría se va quedando atrás; y en la última todos van arrastrándose deseando que acabe cuanto antes porque ya no quedan fuerzas. Yo, como novata, había agotado toda mi energía durante la primera semana y tuve que arrastrarme durante el resto del festival para completar el trabajo.

Reconozco que durante ese tiempo apenas si me acordé de Goyo porque los pocos ratos que tenía libres me los pasaba durmiendo. De hecho, algunos días fui a comer a casa de mis padres porque no me quedaban fuerzas para ponerme a cocinar.

Cuando entregué el último artículo haciendo balance de lo que había sido el festival, me metí en la cama y dormí durante dieciocho horas de un tirón. Al despertar no sabía dónde estaba. Hacía casi un mes que había ido a ver a Goyo, y él no me había llamado durante ese tiempo, por lo que pensé que no habría teni-

do problemas para manejar los aparatos, aunque también era posible que se hubiera olvidado del tema si se sentía incómodo.

Había llegado el momento de comprobar si había cumplido con su compromiso. La ilusión que tenía al principio había menguado, y dudaba de que pudiera darle una utilidad periodística, aparte de que me llevaría infinidad de horas revisar todo ese material si Gregorio se había animado a contar sus batallas. Un tiempo del que me sería difícil disponer mientras estuviera trabajando. Como pensaba que iba a tardar mucho en descargar las imágenes grabadas, decidí traerme el equipo completo y volver a llevárselo al día siguiente. No me importaba darme dos viajes porque me agradaba hablar con Goyo y quería saber cómo se había sentido actuando frente a una cámara.

El sol seguía pegando con fuerza, aunque a última hora de la tarde la sensación era menos sofocante. Aparqué delante de la barbería, y a través del escaparate pude ver que Goyo estaba sentado en el sillón con la cabeza ladeada. Parecía que estaba dando una cabezada. La cámara seguía colocada en lo alto del espejo.

Abrí la puerta y lo saludé, pero él no se movió. A través del espejo vi que tenía los ojos cerrados. Entonces tuve miedo. Me acerqué temblando al sillón y vi que no respiraba ni tenía pulso. Goyo estaba muerto y se había quedado con las tijeras en la mano, su instrumento preferido, el que le servía para crear. Estaba muy nerviosa y no sabía qué hacer. Por un lado tenía ganas de salir gritando para pedir ayuda, aunque no sirviera de nada; pero, por otra parte, pensaba que si llegaban los agentes de la guardia civil no me dejarían llevarme el material grabado y perdería toda la información que había recopilado durante el último mes.

La cámara estaba encendida y el disco duro seguía añadiendo imágenes, incluso el grabador de voz estaba conectado y en el contador pude ver que llevaba setenta y tres minutos de grabación ininterrumpida, lo que indicaba que su muerte era reciente. Al final el miedo pudo a la responsabilidad a la hora de actuar. Apagué y desmonté los equipos todo lo rápido que pude al ver

que no había nadie en la calle. Cuando lo guardé todo en el maletero, me dirigí al bar de enfrente para pedir ayuda. Al entrar vi que el camarero leía una revista de coches, y el único cliente veía la tele.

Cuando les dije que Goyo estaba muerto, los dos me acompañaron para verificar que no mentía, aunque ninguno de ellos se mostró sorprendido ante el solitario final del viejo barbero porque esperaban que ocurriera en cualquier momento. El camarero sacó el teléfono y llamó a la guardia civil.

El coche patrulla no tardó en aparecer, y después empezaron a llegar los vecinos que se iban enterando de la noticia. Incluso las campanas de la iglesia comenzaron a sonar con el triste tañido que iba asociado a la muerte. Nadie parecía especialmente dolido porque todos sabían que Goyo estaba enfermo y que quería morir en su barbería con la bata puesta mientras sujetaba las tijeras.

El médico certificó su defunción y dijo que había sufrido un fallo cardiaco. Luego añadió que su muerte no había sido dolorosa porque debió llegarle cuando estaba sesteando en el sillón.

El guardia más veterano me hizo unas cuantas preguntas, y no porque tuviera sospechas de que su muerte no fuera natural, sino porque se extrañaba de que una periodista joven hubiera sido la que descubriera el cadáver de Gregorio. Yo le dije que había hablado un par de veces con él porque quería escribir un artículo sobre el barbero de Wisconsin y sobre las historias que se inventaba.

—Lamento que haya llegado tarde, señorita, porque sus historietas merecían la pena, y el propio Goyo era un auténtico personaje, pero sobre todo era un hombre bueno y más sabio de lo que parecía, aunque solitario. Toda su vida estuvo solo, y eso duele.

Cuando me marché, después de que el coche fúnebre se lo llevara, iba llorando. Puede que no tuviera motivos para hacerlo porque apenas si conocía a Gregorio y el había muerto como deseaba. Tampoco sentía pena porque ese trabajo hubiera perdido todo su sentido. En ningún momento me cuestioné utilizar las imágenes que hubiera grabado la cámara de su muerte en directo.